

50 aniversario de la revolución de 1932



el primer capítulo de la revolución salvadoreña

manuel galich.

A las siete y cuarto de la mañana del primero de febrero de 1932, fueron fusilados, en la explanada norte del Cementerio Ge-

neral de San Salvador, Agustín Farabundo Martí, Mario Zapata y Alfonso Luna, dirigentes, los tres, del Partido Comunista Sal-

vadoreño. Lógico hasta el final, Martí no quiso defenderse, en el juicio sumario seguido contra ellos por un Consejo de Guerra, para "no echar mano de las leyes que había combatido toda su vida". Aludía a las leyes de la sociedad burguesa. Hasta en esa hora suprema, Farabundo Martí fue como lo vio siempre Miguel Mármol: "... un peleador nato a quien nada impresionaba, era de una agresividad que afligía a cualquiera, espíritu que le venía de su absoluta identificación con la causa de los humillados. El decía que un dirigente de los pobres debe ser de lo más soberbio al enfrentarse con el enemigo de clase". Ese mismo espíritu es el que anima' ahora a los combatientes del gran frente que lleva su nombre: el *Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional* (FMLN).

Martí, Zapata y Luna eran intelectuales, universitarios, dirigentes comunistas con formación filosófica marxista. Pero en la gigantesca ola sangrienta que se abatió sobre el pueblo salvadoreño, hace cincuenta años, cayeron también dirigentes campesinos y obreros, cuyos nombres, como el de Farabundo Martí, hoy son bandera de la

revolución cuzcatleca. Uno de ellos fue Francisco Sánchez, líder de los campesinos indios y ladinos de Juayúa, creador del primer soviet salvadoreño en ese pueblo, capturado y fusilado por el ejército, tras noventa y seis horas de resistencia con machetes contra fusiles y ametralladoras. El frente nororiental del FMLN lleva su nombre. Otro lo fue José Feliciano Ama, cacique de Izalco, en quien encarnaba la historia del despojo de tierras a las comunidades indígenas, por la oligarquía cafetalera, desde 1881.

A principios de siglo, Feliciano Ama había sido torturado por el régimen de Tomás Regalado y despojado de las tierras que luego constituyeron la hacienda San Isidro, precisamente de la familia Regalado, una de las catorce que integran la oligarquía genocida. En 1932, Ama combatió al frente de sus hermanos nahuatl-cuzcatlecos. Capturado y torturado, fue ahorcado en la plaza de Izalco. Hoy la columna occidental del FMLN lleva su nombre.

La cantidad de obreros, líderes sindicales muchos, muertos en San Salvador en ese enero terrible de 1932, es imprecisable. Jun-

El pueblo de las zonas liberadas demuestra su alegría en un mitin en una plaza pública.



to a Miguel Mármol, cayeron acribillados dirigentes como Manuel Bonilla, hotelero; Rafael Bondanza, ferrocarrilero; Marcelino Hernández, panadero; Santiago Granillo, Serafín Martínez, Alfonso Navas, Gerardo Elías Rivas (Cafecito) y tantos otros, trabajadores todos, fusilados en Soyapango en la madrugada del 23 de enero. Mármol cayó con ellos. Sin embargo, vive aún, prácticamente como un resucitado. Su voluntad inconcebible y la fuerza de sus convicciones hicieron posible este que, en lenguaje de creyentes, se llamaría "milagro".

Las ideas revolucionarias habían permeado también a clases y soldados del ejército. Unos y otros fueron también masacrados. Así aconteció, por ejemplo, en el Sexto Regimiento de Ametralladoras, en el Primero de Infantería, en el cuartel de El Zapote y en la Aviación. Padres o hermanos de comprometidos en el movimiento insurreccional o de filiación comunista fueron asesinados por llevar tal cual apellido, como los Cuenca, los Alfaro, los Mojica. El ensañamiento reaccionario fue feroz, implacable, como siempre. Uno no puede dejar de asociar las matanzas de 1932 con los cuadros de Goya o con los testimonios macabros de la Comuna. Y, sin embargo, aquellas imágenes palidecen, no por el transcurso del tiempo, como sucede con los daguerrotipos del siglo pasado sino porque la monstruosidad de ahora es inconmensurablemente mucho mayor que la de entonces. En El Salvador mismo y en Guatemala, dentro del ámbito centroamericano.

Los que he mencionado hasta aquí, como un modo de rendir homenaje a su memoria, son sólo algunos de los pocos que pudieron rescatarse para la posteridad. Pero la sangre del pueblo, derramada por el brazo armado de la oligarquía salvadoreña, fue torrencial. Nunca pudo establecerse, con certeza, el número de muertos. Mármol habla del "asesinato masivo de más de treinta mil campesinos y obreros". Los muertos de la oligarquía y su ejército no pasaron de veinte, informa el mismo Mármol y agrega: "Los primeros días murieron cerca de dos mil hombres diarios y luego se siguió asesinando al por menor durante dos o tres meses en toda la República".

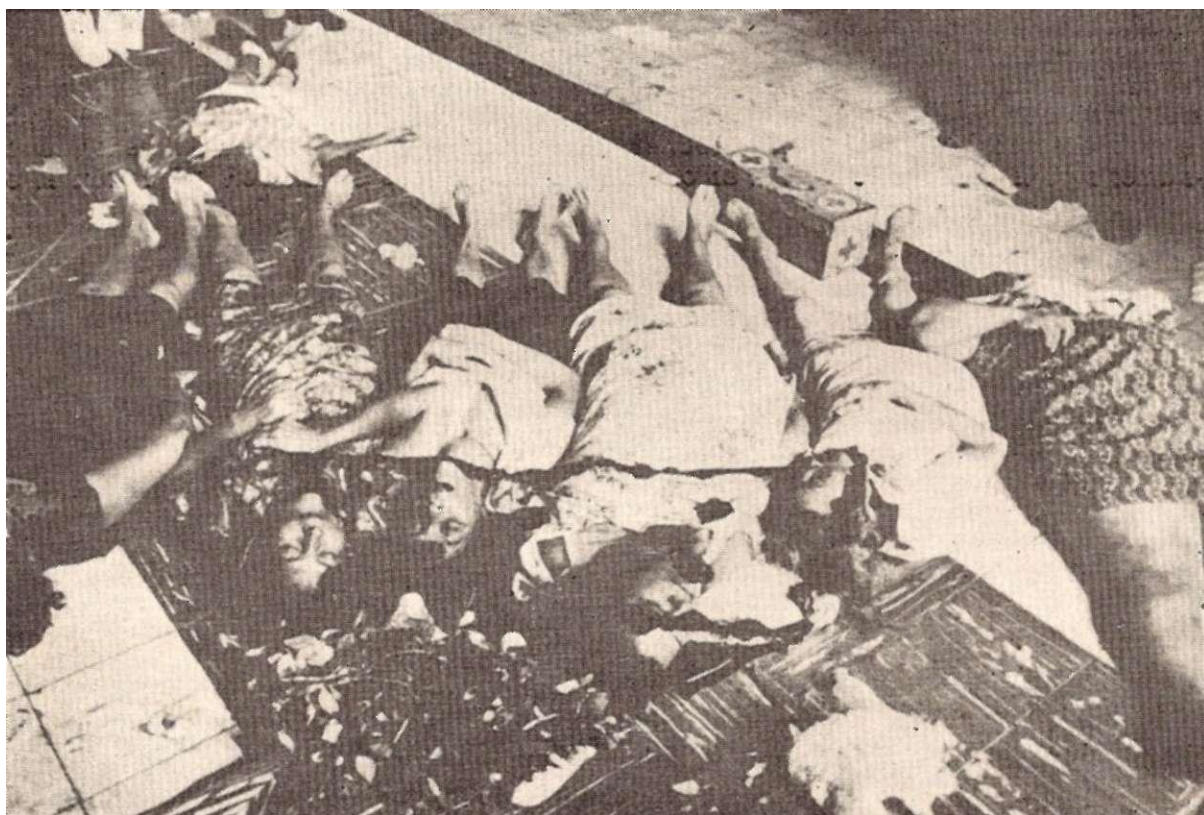
Un año después de esa hecatombe, por él ordenada, el delincuente mayor, Maximiliano Hernández Martínez, salteador de la presidencia salvadoreña, atribuyó la horren-

da matanza a "la energía que fue necesario emplear contra la violencia del sanguinario movimiento comunista" (Vicente Sáenz: *Rompiendo cadenas*). El mismo mendaz argumento reaccionario de siempre.

Los ejecutores materiales de la masacre fueron la Aviación, la Guardia Nacional, el Ejército y sus jefes. Se distinguió, entre éstos, Chaquetilla, José Tomás Calderón, alimaña con grado de general. Fue el remitente de un telegrama memorable que decía: "Ya han sido liquidados cuatro mil ochocientos bolcheviques y seguiré hasta la completa exterminación de la ofensiva comunista". En efecto, siguió matando campesinos. El telegrama estaba dirigido a los comandantes de los barcos Rochester, yanki, y Skeena y Vancouver, ingleses, que se

Jóvenes asesinados por esbirros de la Junta.





Suman decenas de miles los asesinados por el régimen salvadoreño, entre ellos mujeres, niños y ancianos.

aprestaban a desembarcar fuerzas, para el caso de que el alzamiento popular triunfara. El terror blanco que asolaba así al país, con mayor saña exterminadora en los departamentos occidentales de Santa Ana, Ahuachapán y Sonsonate, no era obra sólo de militares. Lo era también de las "guardias cívicas, formadas por elementos burgueses, oportunistas, delincuentes o fanáticos reaccionarios" (Mármol). Un anticipo de las bandas paramilitares de hoy, enmascaradas bajo el signo del "anticomunismo". En realidad, esbirros de una clase insaciable.

Ese cruento capítulo inicial de la revolución social salvadoreña, cuyo epílogo triunfal se está escribiendo ahora, fue el estallido de fuerzas acumuladas durante muchas décadas de explotación oligárquica. Este hundía sus raíces cafetaleras hasta el último cuarto del siglo pasado. Pero se agudizó en las vísperas de la primera guerra mundial, al instaurarse, mediante rejuegos electorales, la "dinastía de los Meléndez", Carlos y Jorge. Peón eficaz de esa dinastía fue Alfonso Quiñones Molina (1923-1927) y apéndice de 'la misma Pío Romero Bosque, impuesto

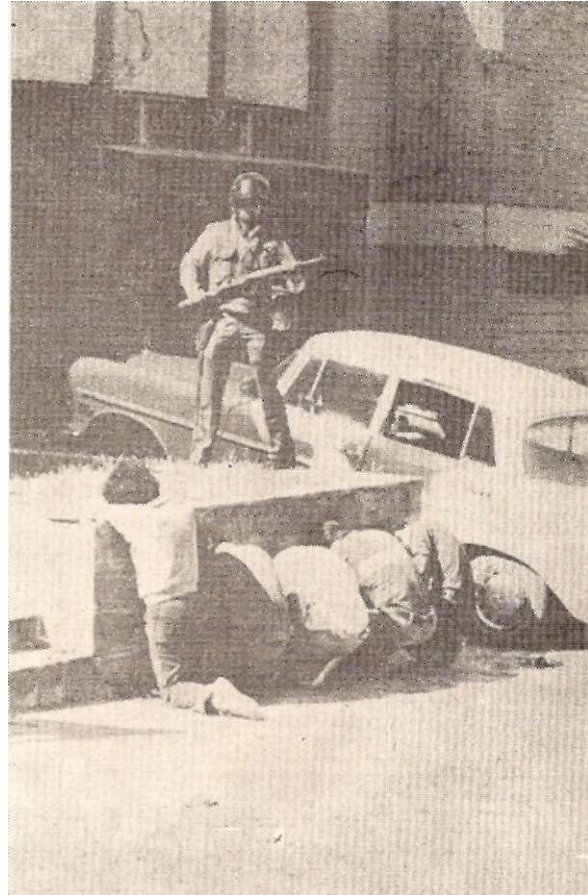
en 1927, como dice el historiador Arias Gómez, "por el nepotismo de los Meléndez para continuar el mismo régimen despótico". Astutos y demagógicos, aquellos oligarcas engañaban al pueblo, unas veces, con hechuras como la Liga Roja, y otras lo masacraban, como en la "pascua sangrienta" de 1922.

La inconformidad así acumulada en décadas de opresión y extorsión se había ido proyectando en una concientización, cada vez mayor, de las masas, tanto en relación a sus angustiosos problemas, como en orden a las causas y a las soluciones de aquellos problemas. De allí el avance en su organización. En 1924, surgió la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador (FRTS), popularmente conocida por "la Regional", como integrante de la Confederación Obrera Centroamericana (COCA). Al año siguiente, fue fundado, en Guatemala, el Partido Socialista Centroamericano, con importante participación salvadoreña y Farabundo Martí al frente. En 1930, nació el Partido Comunista Salvadoreño. Faltaban tres décadas para el inicio de la Revolución Cubana. Y ya tembla-

ba la oligarquía. El pseudo-demócrata Romero Bosque legisló contra las organizaciones y la prensa de los obreros. Mil doscientos trabajadores fueron encarcelados y luego rescatados de los calabozos por la acción del Socorro Rojo Internacional, liderado por Farabundo Martí.

Ese tenso clima social vino a agravarse con la gran crisis capitalista de fines de los años veinte y principios del treinta. Elegido en esa coyuntura Arturo Araujo, en 1931, no tardó en ser derrocado por una compleja conspiración militar. Tomó el poder un efímero, Consejo de Oficiales, Soldados, Obreros y campesinos, autoconstituido en Directorio Militar. Pero a la postre, quien se alzó con el mando fue el felón y tenebroso teósofo castrense y genocida, Maximiliano Hernández Martínez. Este zarpazo, el fraude electoral en las elecciones de diputados y alcaldes en los primeros días de enero de 1932 y el terror desatado en Santa Ana, Ahuachapán y Sonsonate hicieron inevitable la insurrección popular.

Si bien la oligarquía perdió el ejercicio directo del poder político, encontró, en cambio, al "hombre fuerte" que salvaguardaría



su dominio económico durante trece años. El fue el iniciador del medio siglo de gobiernos militares que tiranizarían al pueblo salvadoreño hasta hoy. Con tan hondos antecedentes históricos, sólo un sistema carente de escrúpulos, como el imperialista yanqui, puede afirmar que la revolución salvadoreña no se nutre del heroísmo y de la justas apertencias del pueblo, sino de influencias soviéticas, cubanas o nicaragüenses. Este breve recuento de los hechos confirma lo dicho por Fidel Castro, en la sesión inaugural de la LXVIII Conferencia de la Unión Interparlamentaria: "Hace cincuenta años, cuando la Revolución Cubana no aparecía siquiera en lontananza, ya el pueblo de El Salvador había intentado sacudir hasta las raíces su carcomido régimen, en un intento que terminó con la matanza de casi treinta mil patriotas salvadoreños"●